

LA RELIGION Y LAS ARMAS



Antes que el Concilio hubiese pronunciado la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen Maria, ya el Catolicismo universal, y singularmente los cristianos españoles, habían *sentido*—por decirlo así—la verdad aún no definida canónicamente, y la expresaban en la sencilla oración con que la piadosa madre cierra todas las noches los ojos del niño, incapaz todavía de comprender la hermosa significación de las palabras.

La Católica España de Carlos III declaró su Patrona á la Santa Virgen en el augusto misterio de su Concepción Purísima, y el arma de Infantería, fiel guardadora de las buenas tradiciones nacionales, la ha elegido también por su *única* y *especial* Patrona y Abogada; lazo sagrado que estrecha más los necesarios de unión y fraternidad.

Hoy se cumple un año.

Nuevo y glorioso timbre es para la Infantería española haber puesto sus banderas bajo el amparo de la excelsa Madre de Dios; de la mística *Esposa* de los Cantares, «superior á toda criatura;» la que del monte descendía «hermosa como la aurora, limpia como la luna en noche apacible, escogida como el sol, terrible como Ejército en orden de combate;» Virgen nunca mancillada; á la que, según el hermoso cántico, «dirán bienaventurada todas las generaciones;» aquella á quien llama el herido en su agonía; cuyo nombre invoca el náufrago en su tribulación, en su soledad la viuda, el huérfano en su infortunio, y á la que el ilustre Primado de las Españas ha llamado «*Hija de la profecía y heredera de las promesas.*»



La religión y las armas vivieron siempre en íntimo consorcio para los fines sociales.

Ha habido, ciertamente; en todas las épocas ha habido luchas desastrosas so color de religión, y en que las armas pusiéronse tal vez del lado de la injusticia, por una, por otra ó por ambas partes.

Pero no fué, no, culpa de la Religión, y aun mucho menos de las armas: culpa fué, en todo caso, del absurdo fanatismo, ó de la vulgar ignorancia hábilmente explotada por los directores de la conciencia pública.

La cautividad de Babilonia; la invasión de Ciro en el Asia después de hacerse declarar «hijo de Júpiter»; la resistencia pagana al cristianismo que por su santidad y doctrina se imponía; las persecuciones y la fe de los mártires; las expediciones de los cruzados, á título de «conquista de los Santos Lugares»; los siete siglos de continua guerra, hasta clavar la cruz de Covadonga en lo más alto de la Alhambra, derrocando al par el feudalismo; las luchas en América; la matanza de hugonotes, y las últimas guerras, civiles ó internacionales, desde la revolución francesa, fueron sucesos políticos, necesarios, cada uno en su tiempo; sucesos en que la fuerza de cada Estado respondió, casi siempre, á grandes miras de independencia ó de progreso, y alguna vez á la voz del fanatismo comun á las sociedades, de que era y será y será siempre parte y brazo. «Los ejércitos son la fiel representación de su origen».

La religión y las armas no pueden responder de aberraciones que son de toda una época; de errores tal vez ocasionales. El fanatismo que excita la matanza no es religión; la fuerza solo es fundamento del derecho.



Está espirando el siglo XIX, y la próxima centuria viene envuelta en nebulosidades impenetrables; se abrirán abismos donde menos se espere, y en ellos caerán los imprevisores y los confiados.

Constituir la fuerza pública de modo que sirva para mantener ilessa la honra nacional: es preciso ser fuertes para ser libres.

Pero al mismo tiempo, procurar que germinen en el alma del soldado los principios religiosos, que le enseñan á ser amante de su patria y fiel á sus juramentos; bravo en la lucha, sufrido en la adversidad

y generoso con el vencido; que no hay imposible entre lo religioso y lo valiente. A veces, una tropa indisciplinada ha vuelto á la subordinación, por efecto de una manifestación religiosa.

El sencillo escapulario que la maternal piedad cuelga al pecho del recluta cuando la ley le arranca á sus caricias, le recuerda santos deberes de ciudadano; le recuerda el amor al hogar, á la familia, de que solo temporalmente se aleja, y á la *que—si Dios quiere—ha* de volver cuando esté pagado su tributo; pero si no volviera... tampoco morirá solo: la Virgen, cuya imagen contempla impresa en el escapulario, será su compañía, su esperanza y su consuelo.

El hombre es más hombre, el soldado es más soldado, creyendo en algo superior que espera sin comprenderlo.

Así como se fomenta el valor, fomentad también el culto á las creencias religiosas, sin llegar á extremos del fanatismo.

Frente á las crueldades de la barbarie, la religiosidad del hombre civilizado.

J. MUÑIZ Y TERRONES.

8 Diciembre 1893.

(De *La Correspondencia Militar*)

